

# PRESAS MARÍTIMAS

POR

ISIDRO PÉREZ Y OLIVA

ABOGADO DEL ESTADO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON MANUEL TORRES-CAMPOS

Catedrático de Derecho internacional en la Universidad de Granada  
y Asociado al Instituto de Derecho Internacional



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1887

2602

*Comprobado  
la signat  
es 4231  
2602*

# ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	v
INTRODUCCIÓN.....	1
I.—Parte general.....	3
II.—Parte histórica.....	19
Edad Antigua.....	20
Edad Media.....	25
Edad Moderna.....	34
Edad Contemporánea.....	40
III.—Parte especial.—Qué sea la presa marítima.....	47
Quién puede ejercer el derecho de presa.....	48
Barcos susceptibles de captura.....	52
Tiempo en que es válida la presa.....	60
Aguas en las que es posible apresar.....	61
Prueba de la nacionalidad de un barco.....	63
Derechos de visita.....	64
Modo de proceder con las presas.....	67
Represa ó recobro.....	69
Mercancías enemigas en barco neutral.—Mercancías neutrales en barco enemigo.....	72
Tribunales de presas.—Consideraciones generales.....	74

---



# PRESAS MARÍTIMAS

---

## PRÓLOGO



EL estudio del Sr. Pérez Oliva sobre las *presas marítimas* no ha menester, ciertamente, que el que suscribe llame la atención sobre él, después de la honrosa calificación obtenida en el concurso al Premio Víctor Manuel, de la Universidad de Bolonia.

El Sr. Pérez Oliva, alumno distinguido del Colegio de San Clemente, fundado en el siglo XIII para honra de las letras patrias por el Cardenal Albornoz, trató de doctorarse en Jurisprudencia en aquella memorable Universidad, curso de 1884 á 85, y presentó la Memoria que hoy ve la luz pública en nuestra lengua, aspirando además con ella al Premio Víctor Manuel, en unión de otras tres, debidas á jóvenes italianos. Consideradas éstas, una de las que formaba un tomo de 500 páginas, dignas sólo de las menciones honoríficas, manifestó el ponente en la del Sr. Pérez Oliva, Profesor

Mantovani Orsetti (1), que era «innegable el mérito real del trabajo á un tiempo histórico, positivo y racional, y que versaba sobre un tema de importancia para la reforma del Derecho de gentes, difícil por sí mismo y por las muchas y graves cuestiones que con él se enlazan relativas á la razón de la guerra, los derechos y deberes de los neutrales, los intereses del comercio y de la navegación y la jurisdicción marítima; trabajo que revelaba la cultura del autor, por el mucho uso de las fuentes positivas y doctrinales, como los Tratados públicos, las leyes internas, la historia y la literatura de la ciencia, y en el que demostraba la habilidad en las críticas de las diversas doctrinas y en la defensa de las propias.» Por causa de los defectos en el manejo del idioma, que bien se justifican en un extranjero de corta estancia en Italia, y por las notorias dificultades de la bella lengua del Dante, obtuvo Mención honorífica en vez del Premio.

Se halla la *Memoria* dividida en tres partes: general, histórica y especial.

En la *parte general*, de la idea de la presa y del derecho de hacerla, pasa el Sr. Pérez Oliva á la cuestión de su justicia, exponiendo las opiniones de los principales autores, desde Alberico Gentili y Grocio, hasta los más recientes y sus diversas razones; rechaza el pretendido derecho y expresa la confianza de que, el principio de la inviolabilidad de la propiedad privada no tardará en ser proclamado en la guerra marítima como en la terrestre, no como concesión gratuita del Derecho de gentes, sino como sanción del derecho al respeto de la propiedad particular.

En la *parte histórica*, quizá la más importante, estudia el

autor las fases y las formas del derecho de hacer presas en los diversos tiempos y países, abrazando la Edad Antigua, la Media y la Moderna, y los tiempos modernísimos ó la presente. La falta de disposiciones legales sobre las presas marítimas anteriores al *Consulado del Mar*, le obliga á examinar hasta aquella época, el derecho de privar al enemigo de la propiedad en general.

En la *parte especial*, dada la definición de la presa marítima, entra el autor en la manera de ejercitar este derecho, concluyendo por el examen de la cuestión de los Tribunales de presas. Estudiando el curso bajo el punto de vista de la utilidad, cree que no puede menos de sostenerse, porque se pueden llegar á equilibrar las fuerzas navales de las diversas Potencias, é impedir que una de ellas, por tener una poderosa escuadra, sea soberana de imponer á las demás su capricho. Cree poco útiles en la paz y menos en los tiempos anormales de una guerra, los propuestos Tribunales internacionales, juzgando la idea sólo teórica y no práctica. Considera los Tribunales de presas, no como Tribunales ordinarios llamados á dictar verdaderas sentencias ejecutivas, sino como cuerpos políticos ó administrativos llamados á dar respuestas meramente consultivas, aplicando el Derecho natural de gentes y los Tratados internacionales, y no las leyes internas ó las declaraciones hechas por los beligerantes en los manifiestos de guerra. Tratándose de un español que hace un estudio en Italia, es natural que se fije con particular atención en las Legislaciones de ambos países, y así lo hace.

El Sr. Pérez Oliva se cuenta en el número de los filántropos, que defienden la inviolabilidad de la propiedad privada en las guerras marítimas. En realidad, los argumentos que se aducen generalmente en apoyo de esta tesis, prueban demasiado, y por consiguiente nada prueban. Cuando se trata

(1) *Annuario della Regia Università di Bologna*. Anno scolastico 1884-85. Páginas 121 á 131.—Bologna, 1885.

de un hecho feroz y salvaje, como la guerra, si es posible ir introduciendo algunos usos que la suavicen y la civilicen en cierto modo, no hay equidad en rechazar *à priori* determinados procedimientos sin tener en cuenta las circunstancias. Sería muy de desear que no se sacrificasen inhumanamente miles de hombres, empleando medios terribles de destrucción como las ametralladoras, los torpedos y otros análogos, imposibles de suprimir ínterin las guerras subsistan. Se tiende á hacer desaparecer aquellos elementos de lucha, como las balas explosivas, que causan indudables males sin influir en los resultados; pero no pueden llegar las aspiraciones filantrópicas hasta privar á naciones, acaso injustamente agredidas, de medios de necesaria defensa, sobre todo cuando estos medios no llevan consigo efusión inútil de sangre.

El considerar el derecho de apoderarse de la propiedad privada en las guerras marítimas como bárbaro, absurdo, contrario á la civilización y al derecho natural, no es decir nada que no pueda aplicarse á la mayor parte de las prácticas de la guerra. El día que todas ellas desaparezcan, podrá pedirse que cese también; pero ínterin subsistan ellas, el atacar ó no á la propiedad de los enemigos, debe ser un medio que puedan emplear los beligerantes cuando convenga á su defensa.

Ciertos proyectos de reglamentación de las costumbres de la guerra han fracasado, precisamente por quitar medios á los Estados que son débiles, en ventaja de los Estados poderosos. Un Estado pobre, que cuenta con escasos medios para defenderse de una agresión, debe emplear lícitamente, salvo las crueldades inútiles, cuantos recursos pueda reunir para librarse de la derrota. Y de la necesidad se desprende el límite con que ha de ser desconocida la propiedad particular por una Potencia beligerante. Cuando se libra una bata-

lla en un terreno perteneciente á un particular, como cuando se bombardea una plaza, la necesidad impone la destrucción de cosas y de edificios que no ha adquirido el Estado.

Algo análogo debe hacerse en las guerras marítimas, cuando se conceptúa conveniente ó indispensable. Si dado el derecho de apresar la propiedad privada, acepta el curso el Sr. Pérez Oliva, por su utilidad, dado el hecho de la guerra, no hay razón para rechazar en absoluto los atentados que en nombre del Estado se dirigen á la propiedad particular de los enemigos. Así como en las guerras terrestres, dadas las condiciones con que se llevan á cabo los atentados á la propiedad privada, deben considerarse excepcionales, pues sólo contribuirían, como regla, á exacerbar los ánimos y á multiplicar, en la defensa de lo suyo, los combatientes en las guerras marítimas, en que hay posibilidad de escapar de los ataques del enemigo, la captura de la propiedad privada contribuye á hacerlas posibles, á veces, y sobre todo sin tratamientos crueles á las personas, se causan graves perjuicios al comercio que, dada su importancia actual y sus considerables recursos, ha de contribuir poderosamente á poner término á la lucha. De modo, que sobre no poder considerarse como inhumana la captura de la propiedad privada, afectando á elementos sociales de gran importancia y valía, puede influir ventajosamente en pro de la civilización, por la cesación ó desaparición de las guerras. El miedo á los ataques á las propiedades particulares puede ser un móvil que, dados los actuales Gobiernos constitucionales, deba influir en hacer atmósfera contra las declaraciones de guerra. Se tiende, por tanto, hacia un fin verdaderamente filantrópico, bastante más que el que persiguen los impugnadores de la captura, aun cuando se consideren lícitos medios, no más inhumanos que los que generalmente se admiten. Ahora

bien; entre proponerse la desaparición de las guerras, ó el respeto á la propiedad particular, no concebimos que pueda haber la menor duda: el fin más noble y humanitario es, indudablemente, el primero.

Tampoco nos encontramos de acuerdo con lo que piensa el Sr. Pérez Oliva en lo referente á la organización de los Tribunales de presas. Por lo mismo que el derecho de presa no puede tener otra razón que la necesidad de medios defensivos para las Potencias beligerantes, como su ejercicio no afecta sólo á ellos, sino que puede bien afectar y perjudicar á neutrales, necesario es, para atender á la equidad, dar á los últimos garantía de que sus súbditos no han de ser injustamente perjudicados. La tendencia científica, formulada en los trabajos del Instituto de Derecho internacional, órgano de la conciencia jurídica del mundo civilizado, se inclina visiblemente á la formación de Tribunales internacionales, por lo menos en segunda instancia, de presas. Los casos de arbitraje y los Tribunales internacionales constituidos para entender en cuestiones que á varios Estados y á sus súbditos interesan, son precedentes que nos llevan á no considerar utópico análogo procedimiento en las presas.

Si nos produce viva complacencia la lectura de cualquier trabajo importante, de los pocos que entre nosotros aparecen relativos al Derecho internacional, mucho mayor ha de causárnosla cuando se trata de un estudio juzgado tan favorablemente en el extranjero. El Sr. Pérez Oliva inicia su carrera con brillantez, y es de esperar que tanto en el Derecho internacional, como en el Derecho penal, al que también es aficionado, nos presente nuevas ocasiones en que aplaudirle.

*Manuel Torres Campos.*

*Catedrático de Derecho internacional en la Universidad de Granada  
y asociado del Instituto de Derecho internacional.*



## PRESAS MARÍTIMAS

### INTRODUCCIÓN



A gran importancia que en la actualidad se concede al Derecho Internacional, justifica el que haya elegido un punto de esta materia, para desarrollarlo en la Memoria que los Reglamentos exigen para adquirir el título de Doctor.

Para llevar á término mi misión, he contado solamente con la benevolencia de un tribunal que comprenderá el verdadero valor de mi trabajo, que disculpará mi osadía de ocuparme de una materia en que tantos y tantos ilustres autores han dicho ya la última palabra.

Benevolencia y no poca necesito, no tan sólo por la inmensidad del tema en relación con las facultades del que ha de desarrollarlo, sino también porque mis escasos conocimientos en la bella lengua del Dante hacen casi imposible mi tarea.

He llegado hasta el fin, por una sola razón: porque no he dudado ni un momento de la cortesía italiana que sabrá dispensar todas las faltas, que no serán pocas, en que incurra.

# I

## PARTE GENERAL

La guerra con todas sus tristes y funestas consecuencias, es mal necesario en nuestras modernas sociedades, si bien no sea la guerra cruel y salvaje de los antiguos tiempos en que todos y cada uno de los individuos de un Estado, eran enemigos personales de los de la nación con que luchaban; hoy la guerra no es de asolación, en que son conculcados todos los principios humanitarios; hoy no se esclaviza á los enemigos, no se pasan á cuchillo los indefensos y heridos, no son cosa general y corriente el pillaje y el motín; por el contrario, es duramente censurada la nación cuyos ejércitos faltan á sus deberes entregándose al saqueo; la propiedad privada, en tierra es respetada, y muy en breve será reconocida su inviolabilidad, tanto por tierra como por mar, desapareciendo de las legislaciones europeas, para ocupar sólo lugar en la historia, el llamado derecho de presa.

¿En qué consiste este derecho de presa? ¿Cuál es su fundamento racional? Consiste en la negación de un derecho: del que todo hombre tiene de ser respetado en su propiedad; este derecho es conculcado, no estando borrado de los Códigos el principio de emplear medios odiosos para herir al enemigo; pero entiéndase bien, esto en la guerra marítima, no en la te-



Cornelius Van-Bynkersbck (1) comprende el derecho de botín como se entendía en la antigüedad; hace notar que ciertos pueblos prohibían ó restringían estrechamente el comerciar con los enemigos, que otros lo permitían hasta cierto punto, de manera que siguiendo este temperamento se podía vivir parte en paz y parte en guerra; sostiene que las mercaderías neutrales viajando bajo pabellón enemigo deben ser respetadas, pero reconoce el derecho de tomar la carga enemiga aun bajo bandera neutral, considera la presa marítima como un derecho natural en el vencedor, y defiende con gran entusiasmo el corso, censurando á Alberico Gentile que lo considera como una piratería.

Las mismas opiniones son las de Chretien Wolff (2), aunque este tratadista sea más avanzado que el anterior; Wolff considera enemigos todos los individuos del Estado con que se lucha; distingue la guerra en justa é injusta, considerando la justa cuando se defiende un derecho; siendo la guerra justa «se está autorizado para practicar todo lo necesario para obligar al enemigo á reconocer el derecho que se defiende; todo lo que no tenga este objeto, está prohibido;» admite la ocupación del territorio, y que se tomen provisionalmente los bienes del enemigo, hasta que un Tratado de paz disponga en definitiva; considera justo el botín, siempre que sea autorizado por los jefes, consista en bienes que puedan transportar los soldados, y sea hecho, no por la idea de lucro, sino con el objeto de dañar al enemigo.

Conforme con Wolff está su discípulo Martens (3) que distingue más claramente el botín de la conquista, sentando que aquel es un pequeño derecho concedido por el jefe á los soldados.

Dice así Martens: «Se puede privar de los bienes al enemigo, sea en nuestro territorio, sea en plena mar ó en su territorio; se les puede privar de lo que se necesite para indemnizarse de los gastos de guerra, de los de seguridad futura, y además

de lo que baste para debilitar al enemigo y obligarle á pedir la paz;» más adelante justifica el rigor de estos principios, afirmando que solamente en casos extraordinarios se acuda al despojo, prefiriéndose imponer contribuciones, bien en dinero ó bien en especies, amenazando con la fuerza para hacerlas efectivas; en las guerras marítimas, no pudiéndose imponer contribuciones á los particulares, añade el autor citado, se conserva el derecho riguroso de apresar los navíos mercantes y su cargamento, aunque sus dueños no se hayan mezclado en la contienda, de considerarlos buena presa, y en tal concepto, adjudicarlos á los barcos de guerra ó corsarios que hubiesen hecho la captura.

Martens, á pesar de sostener tales ideas, no las cree del todo correctas, puesto que hablando del Tratado celebrado en 1785 entre Prusia y los Estados Unidos, que garantizaba el respeto de la propiedad privada en las guerras marítimas, se lamenta de que este buen ejemplo no haya sido seguido.

Todos estos autores citados, llevados de las ideas que imperaban entonces sobre la guerra y sus efectos en las relaciones de los hombres entre sí, creen que la propiedad puede no ser respetada por mar y por tierra, y fuerza es confesar que en su conducta no falta lógica: parten de un principio falso, y de él deducen consecuencias falsas también.

No resplandece esta lógica en los autores que han defendido la existencia de las presas marítimas con posterioridad á los que hemos indicado, porque todos ellos se declaran partidarios de la inviolabilidad de la propiedad privada en las guerras terrestres, la defienden con gran copia de datos, y abandonando de pronto el buen camino, acuden al sofisma para afirmar y pretender probar que es tan inicuo el no respetar la propiedad privada en tierra, como justo y natural que se tome en el mar; llegan á tal extremo, que no falta tratadista que encuentra belleza, en lo bien que se puede arruinar á un enemigo en las guerras marítimas, paralizando su comercio.

Riquelme, uno de los partidarios de las presas marítimas, hace observar que en las luchas terrestres no significa mucho el no apoderarse de las propiedades particulares, por no contener, como los navíos de comercio, elementos de combate; aña-

(1) *Questionis juri publici.*

(2) *Jus gentium methodo scientifica per tractatum.*

(3) *Droit des gens.* — Tomo III

de que un ejército de invasión tiene medios bastantes de debilitar á su adversario en la guerra terrestre, ocupando sus fuertes y su territorio, pero en el mar, si uno de los beligerantes retiene en sus puertos las naves de guerra, no deja á su enemigo otro medio para debilitarlo que el arruinar su comercio.

Tetens (1) hace una serie de afirmaciones que no prueba, y que, como veremos, carecen por completo de fundamento racional.

Consigna que en la guerra terrestre es posible la renuncia á la confiscación de la propiedad enemiga, la inmueble por ser de difícil transporte, y la mueble, por ser de fácil ocultación; en cambio las mercaderías conducidas en las naves, pueden tomarse y conducirse fácilmente donde mejor convenga, su venta no presenta dificultades y aumenta notablemente los recursos pecuniarios para sostener la guerra; á más dice Tetens que los objetos muebles que se pueden tomar en tierra, generalmente están destinados á satisfacer ciertas necesidades ó lujo, en tanto que los barcos contienen mercaderías cuya venta produce pingües resultados.

Concluye su peregrino razonamiento, haciendo notar que de ordinario el apresamiento de naves mercantes perjudica á muchos asociados y Compañías de Seguros, y viene á ser una especie de contribución de guerra; finalmente, asegura que el privar á los particulares de sus propiedades en tierra, iría acompañado de vejaciones sin cuento, cosa que no sucede en el mar, donde imperan ciertas leyes, y donde los apresadores necesitan que un tribunal declare la validez de la captura.

Lorimer (2), y con él Dana (3), defienden la presa marítima «porque no se vierte la sangre, no se sacrifican vidas, no se ponen las habitaciones en peligro; el teatro es el Oceano, ese gran camino del comercio, y no se ataca más que á las personas que exponen su propiedad á los trances de la guerra, con objeto de lucro y con la garantía del Seguro:» originalísimo

(1) *Considerations sur les droits reciproques des puissances belligerantes.*

(2) *Capture of ennemy's goods at sea.*

(3) *Elements of international law.*

Lorimer en la defensa de sus ideales, continúa: «el particular cuya propiedad es apresada, no pierde absolutamente nada, ó no debiera perder nada de su valor; en su cualidad de particular, él, la presta ó la cede por decirlo así, á su país, el beligerante que se la toma le ha dado un recibo, en otros términos, una letra de cambio que suma el valor del objeto apresado, contra el Estado de que es súbdito, si este Estado obra lealmente, hace honor al billete de pago y le indemniza como si fuera deuda propia. Si después de esto, él es vencedor, se hace indemnizar por el vencido; si es derrotado, las indemnizaciones se unen á los gastos de guerra, que los paga el país entero por medio del impuesto» consiguiéndose de esta manera que el que pierda sea el Estado, y se le obligue á ajustar la paz lo más pronto posible.

Mucho más temible defensor de las presas marítimas es el ilustrado publicista y marino francés, M. Theodore Ortolán, que sin duda ninguna por patriotismo, creyendo que si Francia lucha algún día con la Inglaterra, será de gran utilidad á su patria el poder atacar la poderosa flota mercante del Reino Unido, Ortolán ha estudiado detenidamente la cuestión, y defendiendo las presas con argumentos no muy sólidos, pues la causa no lo permite, pero que son como aquellos sepulcros blanqueados que al exterior presentan un aspecto pulcro y limpio, mientras no encierran otra cosa que podredumbre; los argumentos de Ortolán aparecen fuertes, y se deshacen al más ligero embate.

En su erudita y bien escrita obra «*Regles internationales et diplomatie de la mer*» (1) dice, que el objeto de la guerra, no es otro que obligar al enemigo á pedir la paz, y que á esto no se llega por otro medio que por la victoria. Pues bien; la victoria no puede obtenerse más que destruyendo, ó si se quiere, paralizando las fuerzas del enemigo, lo que no se puede conseguir si no se emplean los medios á ello conducentes.

Comparando la guerra marítima con la terrestre, observa, que en aquella fuera del desembarco de tropas en las costas enemigas, no es posible emplear otro género de guerra no sien-

do el de apresar los buques mercantes, que en puridad, pueden considerarse como verdaderos anejos á la marina militar. La marina mercante, sea en su personal sea en su material, es un medio de guerra siempre dispuesto á venir en auxilio de un Estado beligerante, transformándose al primer llamamiento en un instrumento de guerra; por esta razón, está bajo la esfera de las escuadras enemigas que podrán apresarla.

En el supuesto de que la marina mercante y los géneros que conduce fuesen reconocidos libres é inviolables aun perteneciendo al enemigo, una potencia beligerante, no poniendo en el mar barco alguno de guerra, le será factible hacer ilusorios los efectos de la guerra marítima y podrá continuar explotando el comercio de los mares, adquiriendo medios para sostener la lucha, bien por medio de impuestos á la marina ó bien por el acrecentamiento de la fortuna privada, que en definitiva constituye la del Estado.

Por último: para completar el cuadro de los autores que han defendido la presa marítima, citaremos entre los más importantes á Hautefeuille, Phillimore, Wildman, etc. etc., todos con argumentos análogos á los citados.

Pasemos á la escuela contraria, á la de aquellos que sostienen los sanos y buenos principios, comenzando por el abate Mably (1); este concede á los beligerantes el derecho de vigilar de cerca á los comerciantes y la necesidad de restringir algunos movimientos, considerando como bárbaro y absurdo el que se impida completamente el comercio con las naciones amigas, porque las ventajas, no son sólo del beligerante sino también de los neutrales.

A Italia cabe la gloria de que ilustres hijos suyos, hayan sido los primeros y los más fuertes campeones de la inviolabilidad de la propiedad privada en el mar, al mismo tiempo que Italia ha sido la primera nación que ha sentado el principio de la inviolabilidad, ya en los Códigos, ya en Tratados de comercio y navegación.

Filangieri, Galiani y Azuni, á fines del pasado siglo deplo-  
raban el odioso contraste entre la guerra terrestre y la maríti-

(1) *Droit public de l' Europe fondé sur les traités.*

ma, en lo que á la propiedad se refiere, y entre las costumbres que se practicaban en una y otra guerra.

Galiani no se conformaba con esto, y en 1782 reclamaba enérgicamente la inviolabilidad de la propiedad en las guerras marítimas, y la abolición del corso.

Hester (1) censura duramente las costumbres seguidas en las guerras marítimas, costumbres indignas de la civilización actual, no explicándose la anomalía de que se considere justo en el mar lo que en tierra sería abominable.

M. Eugene Cauch (2) defiende lo mismo que Hester la abolición de las presas, y añade que el desarrollo de la civilización reclama imperiosamente el respeto total de la propiedad privada.

El eminente profesor de Derecho Internacional de Turín, Pasquale Fiore (3), es decidido partidario del respeto de la propiedad privada, atacando á sus adversarios de una manera formidable; su libro es el más vasto arsenal donde acudir en busca de razones para impugnar el pretendido derecho de presa.

El ilustre profesor consigna que en la guerra antiguamente regía el principio de considerar abandonados los bienes del enemigo, y por consiguiente, que á ellos tenía derecho el primer ocupante.

Continúa Fiore manifestando que esto pasó á la historia, que hoy, por derecho natural, el derecho de propiedad es sagrado é inviolable, y por consiguiente, todo ataque á la propiedad privada, es injusto y arbitrario.

El Estado es soberano, el Estado tiene poder para imponer contribuciones, añade Fiore, puede legislar sobre las relaciones entre sus súbditos, pero en manera alguna se ha de considerar como dueño de la nación.

Por lo tanto, dirigiéndose la guerra contra el Estado, no contra los particulares, no hay derecho para atentar contra la propiedad de éstos; pueden ser tomados por los enemigos,

(1) *Le droit des gens Europeen.*

(2) *Droit Maritime International.*

(3) *Nuovo diritto internazionale pubblico.*—Tomo III.

los puertos, arsenales, imponer contribuciones, mas la propiedad civil, no debe sufrir la menor alteración.

El continuar en la enumeración de las opiniones de autores que siguen la buena y verdadera teoría, nos haría incurrir en inútiles repeticiones; por esto prescindiremos de ello, citando únicamente los nombres de algunos publicistas distinguidos, partidarios decididos de la abolición de las presas marítimas; entre ellos están Carlos Calvo (1), Dudley (2), Axel Benedix (3), Casanova (4), Vidari (5), Peláez (6) y otros muchos.

\*  
\* \*

Expuestas una y otra opinión en lo referente á la justicia de las presas, veamos ahora cuál es la que creemos más acertada y las razones que para ello tenemos.

Es principio reconocido que hoy día no tiene el Estado sobre la propiedad privada otro derecho que el de soberanía, principio reconocido, no sólo por los tratadistas, sino por todas las legislaciones que sin excepción establecen que el Estado no puede disponer de la propiedad de sus súbditos; si la necesitase para el bien de la comunidad, cede el interés del particular ante el de la generalidad; pero es preciso que se pruebe que el objeto para que se necesitan los bienes de un privado, es útil verdaderamente á la comunidad; es menester que para esta obra útil se considere indispensable la propiedad de un particular; sólo con estos dos requisitos se le priva de ella; pero se le indemniza debidamente.

Dicho esto, y manifestado ya anteriormente que la guerra es una relación de Estado á Estado, no de individuo á indivi-

(1) *Droit International.*

(2) *Idem.*

(3) *De Præda.*

(4) *Diritto internazionale.*

(5) *Del rispetto della proprietà privata de gli Stati in guerra.*

(6) *Della proprietà privata dei sudditi di uno stato belligerante.*

duo, es evidente que el vencedor no hará sino sustituir al vencido en sus derechos de soberanía; impondrá gravámenes más ó menos cuantiosos, se aprovechará de la propiedad particular para su defensa si es indispensable; pero no la adquirirá en modo alguno.

Las tropas que penetran en territorio enemigo, no tienen derecho de apoderarse de más bienes que de los del Estado con que contienden.

Por otra parte, con el no respeto á la propiedad en las guerras marítimas, no solamente se daña y perjudica á la nación beligerante cuyos barcos son apresados, sino que resultan perjudicadas todas las naciones que con ella comercian, porque se interrumpe su tráfico, y no es lógico ni justo que porque una nación obtenga ventajas sobre otra, se causen molestias y perjuicios sin cuento á las que son completamente ajenas á la lucha.

Hechas estas consideraciones generales, prescindiremos de otras no menos importantes, como el que el fin no justifica los medios, y que no es razón para despojar á uno del sagrado derecho de la propiedad, para que concluya pronto una guerra, y acudiremos al campo de los defensores del derecho de apresar, examinando uno á uno los argumentos en que fundan el derecho de presa.

A los autores que basaban el derecho de apresar en el omnímodo derecho del vencedor, y que creían que la guerra era individual, les responderemos lo ya tantas veces repetido: que las guerras son de nación á nación y que no hay tal derecho de vida y muerte sobre los enemigos, sino el más humanitario de la defensa propia; durante la batalla es factible el matar y aprisionar á los contrarios; pero jamás se debe hacer morir á los prisioneros, á los heridos.

Al argumento empleado por algunos tratadistas, de que la presa se ha conocido en los pueblos antiguos, opondremos una afirmación incontrovertible, que no implica justicia la existencia, y esto es tan evidente, que ninguno de ellos se atrevería á sostener que se incluyan en nuestras legislaciones principios completamente falsos, por los que se rigieron griegos, romanos y antes los hebreos, pueblos citados por Grotius.

Martens y Kluber que se apartan un poco de sus anteceso-

res, incurren en una palmaria contradicción al sostener lícito en el mar lo que en tierra es censurable; ¿por qué tal diferencia? ¿No es, por ventura, la misma guerra? ¿Son acaso otros combatientes? ¿No deben ser, por tanto, idénticos los principios que rigen?

Riquelme que afirmó que en la guerra marítima no es posible debilitar al enemigo sino arruinando su comercio, no pensó, sin duda alguna, que es una crueldad harto inútil, porque cubriendo el pabellón la mercancía, la nación beligerante recibiría recursos de las otras naciones: no se conseguirá otra cosa sin aumentar la prima del seguro de las naves de los beligerantes y causar daños irreparables al comercio del enemigo, pero no en el momento, sino después, cuando tal vez no interese; en el tiempo que dure la lucha, nada faltará á los beligerantes; todas las naciones neutrales acudirían á dar fácil salida á sus productos, y la marina del beligerante pasaría á poder de otra nación; que esto no es una afirmación sin fuerza alguna, se prueba con un ejemplo muy reciente: la guerra de los Estados del Norte de América con los del Sur; durante la lucha nada faltó á los americanos, pero su marina mercante tardó mucho en levantar la cabeza.

Tetens emplea argumentos nuevos, pero absurdos; afirmar que produce más el apresar mercaderías en el mar y que los objetos muebles que en tierra podrían tomarse no tienen tanto valor, es desconocer la vida de las modernas sociedades en que tanto se prodiga el lujo, y en que los objetos muebles alcanzan precios tan fabulosos, además que podría suceder, y de hecho acontece, que los bienes muebles que se usan en tierra hayan sido conducidos por una nave y su valor será el mismo en tierra que en el mar ó más bien tendrán más valor en tierra, porque á su precio habrá que añadir los gastos de transporte.

Esto sin contar con que en tierra hay inmensos almacenes llenos de géneros que puestos en venta producirían el mismo resultado que vendiendo el cargamento, que en suma no es otra cosa sino un flotante almacén.

Tetens afirma que perjudicando á muchos, el apresamiento de las naves mercantes viene á ser una especie de contribu-

ción de guerra. Si cambiara una palabra de su aserción el autor citado, estaría en lo cierto; si en vez de la palabra *contribución* dijese *depredación*, porque jamás se ha llamado contribución al acto de salir á mano armada, detener á una persona, despojarla de sus bienes y apropiárselos; esto en todos los idiomas tiene un nombre, *robo*; mas como las leyes lo autorizan, hay que dulcificar un poco la expresión y cambiarla por *confiscación, apresamiento*.

Finalmente, asegura que el despojar á un particular de su propiedad, en tierra, produciría vejaciones é injusticias, y que en el mar se hace con arreglo á derecho, sin efusión de sangre y con la sanción de un tribunal; afirmar esto es un absurdo; las mismas vejaciones hay en tierra que en el mar, y no porque las leyes las autoricen pierden este carácter; vejación es la ley rusa que marca los casos en que puede destruirse la presa, y uno de ellos cuando su valor es exiguo, y vejación no pequeña fué la orden dada en la guerra americana á los comandantes de los cruceros, de echar á pique sus presas para que no les embarazasen en su devastadora misión: esto prescindiendo de la inmensa vejación que es el tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y la voluntad está manifiesta siempre, y muchas veces sellada con la sangre vertida en defensa de los propios derechos.

No es menos original que Tetens, Lorimer, al comenzar diciendo «*que no se sacrifican vidas, que no se ponen habitaciones en peligro,*» afirmaciones completamente gratuitas, pues con frecuencia se lucha con valor en defensa de los propios intereses ó de intereses que le están encomendados á los bravos marinos, que antes de permitir que los enemigos se apoderen del barco que montan riegan con su sangre el botín, y *se ponen en peligro habitaciones*, pues no son otra cosa los barcos que llevan en su interior el hogar de hombres decididos y valientes que constantemente exponen su vida para proporcionar á sus semejantes comodidades y ventajas.

Continúa Lorimer: «*el teatro es el Océano, ese gran camino del comercio; en él no se ataca más que á las personas que exponen su propiedad á los trances de una guerra, con objeto de lucro y con la garantía del seguro;*» el tratadista inglés, con

estas palabras, parece que considera un castigo justo el privar á estas personas de su propiedad. ¿Es acaso un crimen buscar una ganancia honrada, exponiendo, no solamente su fortuna, sino también su vida, que están á merced de los elementos, para que aún merezcan ser despojados de lo que es suyo, por ejercer una profesión protegida por las leyes, que tienden á la mayor extensión del comercio, que redundará siempre en beneficio del progreso y de la civilización?

En cuanto á las razones que asigna como justificantes de la presa, si existiera lo que él supone, basta responder: no existe, es una hipótesis, y el particular que *no debiera perder nada de su propiedad*, lo pierde todo.

Resta únicamente combatir á Ortolán, porque los demás autores que de este asunto se han ocupado, ó fundan las presas en razones análogas á las refutadas, ó en las del célebre publicista francés.

El fin que se debe proponer una nación beligerante al luchar, debe ser el obtener una pronta paz, con ventajosas condiciones; esto dice Ortolán, y es verdad, así como también lo es el que para esto se necesita vencer, y que se vence debilitando al enemigo.

Pero no es tan evidente que en la guerra marítima no se pueda emplear otro medio de combatir al enemigo que los desembarcos y combatir su comercio; queda el recurso de luchar con su marina militar y atacar sus puertos, lo que es factible, así como no lo es el destruir su comercio, en cuanto á ello se opone el Tratado de París de 1856, que permite comerciar libremente con los beligerantes, sin más limitación que el caso de bloqueo, y la de que el cargamento sea contrabando de guerra; por esta parte, como ya hemos probado, es una crueldad inútil, y no hay para qué practicarla; demasiada trae consigo la guerra, de las que es imposible prescindir.

Considera Ortolán que la marina mercante de una nación es poderosa auxiliar de la militar, porque sus buques pueden convertirse en de guerra y sus tripulantes, acostumbrados á las maniobras, engrosar el equipaje de las escuadras enemigas y dar gran impulso á la lucha, á más que pueden continuamente aportar elementos para el combate.

A esto se responde: á lo primero, que es difícil que se cambien en de guerra las naves mercantes, estando el corso abolido por el Tratado de París, para las naciones que lo signaron, que fueron la mayoría; mas aunque esto no sucediera, para muy poco servirían los barcos mercantes con los adelantos que se han verificado en el arte de la guerra marítima, y es posible que fuera hasta ridículo el papel que podría hacer un vapor mercante al lado de los colosos como el *Duilio*, el *Dandolo*, el *Lepanto*, el *Formidable* y tantos otros, que en breve darían buena cuenta de la navecilla mercante con sus cañones poderosísimos.

En cuanto á la aserción del marino francés de que deben aprisionarse los tripulantes de las naves mercantes para evitar vayan á las militares, no tiene fundamento alguno, puesto que las leyes de la guerra no permiten que se hagan prisioneros más que á los cogidos con las armas en la mano, no á los que para nada se mezclan en la material contienda.

De seguirse esta práctica, habría que comenzar por aprisionar en tierra á todos los que no fuesen viejos ni valetudinarios, en la previsión de que, al ver las desdichas de su patria, cumplan con su deber y empuñen las armas en defensa de su país.

En último lugar, si las escuadras mercantes allegan recursos para la continuación de la lucha y estos recursos consisten en contrabando de guerra, en este caso, sí hay derecho de apresarlos; faltan á una ley practicando actos de enemigos, y como á enemigos se les trata.

Parece imposible que autores de tanto talento como Ortolán y Hautefeuille, no hayan visto claro en esta cuestión, y consideren justificada la presa marítima, al mismo tiempo que censuran el pillaje en tierra.

Verdadera alucinación es esta, pues no se les puede ocultar á tan distinguidos autores que una misma es la razón de la guerra, que unas mismas personas la sostienen, que solamente hay diferencia en el lugar en que se combate, circunstancia no esencial, no influyendo en la justicia del apresamiento, que éste sea hecho en mar ó en tierra, porque la justicia no cambia porque se cambie el lugar del combate; es inherente al hecho, no al lugar en que se ejecute.

Reasumiendo diremos, cómo al principio, que el derecho de apresamiento, no es tal derecho, sino un despojo que no puede subsistir en los Códigos, dado el actual orden de cosas, porque es incompatible con el desarrollo del derecho internacional, así como con los inmutables principios de derecho.

Hoy la propiedad en las guerras terrestres, se ha declarado inviolable; y si en la marítima aún no sucede, será por breve tiempo, porque la opinión lo exige, el comercio lo reclama; importantísimas naciones europeas han tratado de que esto sea un hecho; en las Cámaras francesas y en el Parlamento alemán se han tomado en cuenta proposiciones á esto encaminadas, y no ha faltado, por fin, nación que haya puesto en sus Tratados cláusulas encaminadas á que se respete la propiedad privada en el mar, y esto lo ha hecho la nación que, después de una gloriosa epopeya, llegó á ser una y libre, nación que es la más joven de todas y que en esta y otras materias está á la cabeza de la civilización.

Esta teoría triunfará, y el comercio, poderosa palanca de la civilización y riqueza, no sufrirá más en las guerras, y durante éstas funcionarán tranquilamente las fábricas á presencia del enemigo, y las naves mercantes pasarán al alcance de los cañones de la escuadra de sus contrarios, que no les molestará, é irán á los puertos á descargar las riquezas contenidas en su seno.

Esto no será gratuita concesión del derecho de gentes, no; será la sanción legal de un derecho sagrado de los particulares, del derecho de que su propiedad les sea en todo caso respetada.

## II

### PARTE HISTÓRICA

Si no es posible prescindir de la historia de las presas marítimas, menos posible es aún trazar su vida en cuatro rasgos; porque siendo grandísima su importancia, se precisa seguir la institución á través de las etapas por que ha pasado desde los primeros tiempos hasta nuestros días; es menester hacer una reseña todo lo extensa que sea posible, para que no disuene del trabajo en que va encajada; hablaremos de la manera cómo se consideraba la presa en los primeros tiempos, fijándonos en el pueblo romano; veremos el concepto que mereció en la Edad Media, ocupándonos en este período, con alguna preferencia, de las Repúblicas de Venecia, Génova y Pisa, que, no obstante la rivalidad que mantenía entre ellas lucha constante, paseaban su bandera por todos los mares, llevando por doquier civilización y riqueza; estudiaremos lo que ha sido la presa en la Edad moderna, hablaremos del descubrimiento de nuevas vías para el comercio y de sus resultados, para después pasar á los tiempos modernos y enumerar los grandes progresos verificados en esta materia, progresos que nos encaminan á la verdadera, á la buena teoría.

## EDAD ANTIGUA

Únicamente por deducción se conoce la historia del derecho de apresar en los primitivos tiempos, puesto que, hasta el siglo XIII, época en que apareció el Consulado del Mar, no se encuentra disposición especial sobre el derecho de hacer presas; para subsanar esta deficiencia examinaremos las leyes y costumbres existentes respecto al derecho de privar de sus bienes al enemigo vencido, y haremos aplicación de estas leyes y costumbres á las guerras marítimas.

El derecho de apresar encuéntrase ya reconocido en la Biblia; en el Génesis (1) se habla de que Abraham ofrecía al Señor las presas que su siervo Melquisedec hiciese á los enemigos. Esto, que era práctica corriente en tiempo de los Patriarcas, continuó cuando los hebreos se constituyeron en pueblo independiente después de su salida de Egipto, y que esto sucediera no es de extrañar dada la organización social en aquel entonces, en que la guerra no tenía otro objeto que la destrucción del enemigo, y se mataba en la batalla y después de la batalla, no perdonando á nadie, no distinguiendo sexos ni edades.

Los antiguos hebreos, al conquistar la tierra prometida, fueron siempre crueles con el vencido, se llamase éste amonita ó filisteo; era enemigo de su religión, era idólatra, esto bastaba.

Los libros sagrados prueban hasta la evidencia las anteriores afirmaciones: Jericó, ciudad místicamente tomada, según la Biblia, paseando el Arca santa á torno las murallas y tocando trompetas los levitas hasta que las piedras se desencajaron de sus puestos y dieron franca entrada á los israelitas para que pasaran á cuchillo á los vencidos; además, es bien conocido el caso de Saúl, que movido á piedad, conservó la vida de su prisionero Agag, Rey Amalecita, y que el Gran sacerdote Samuel no sólo increpó duramente al Rey por esta conducta, sino

(1) Capítulo XIV, vers. 20.

que en su presencia asesinó al indefenso Agag. Si esta era la conducta del pueblo de Dios con las personas, se comprende fácilmente lo que con la propiedad acontecía; tenían derecho á los bienes del enemigo, y en los casos en que no se imponía por los sacerdotes la destrucción de todos los bienes del vencido, se distribuían en tres partes: una para el Rey ó Jefe, otra para los levitas y la tercera para los guerreros.

Los arios y los indios constituyen una honrosa excepción del modo de guerrear en la Edad antigua; prueba de nuestro aserto, el Código de Manú, de donde entresacamos lo siguiente: «Que el guerrero no hiera al enemigo que tenga las manos juntas demandando gracia, ni aquel que diga: yo soy tu prisionero, ni al hombre dormido, ni al que esté desarmado y sin defensa, ni aquel que no toma parte en el combate aunque lo presencie» (1).

Es de presumir que pueblo que en medio de tanta barbarie practicaba tales principios, respetaría la propiedad privada; presunción tanto más fuerte, cuanto que no hay indicio alguno en contra. Esta conducta generosa no fué imitada, y guerra personalísima y de destrucción, con todas sus consecuencias, era la que hacían los persas, asirios y egipcios; y que estos pueblos siguieran tal rumbo no es extraño, en cuanto que los griegos, mucho más civilizados nada respetaban; sus guerras las llevaban á sangre y fuego, los vencidos eran sus esclavos, sus bienes todos del vencedor.

Con estos precedentes se comprende que en el mar apresaran las galeras de sus enemigos, teniendo como tenían una poderosa flota, y habiendo reñido en el mar sangrientas batallas; á más que la tradición nos presenta el caso de una nave, *El Argos*, que fué á la Colquida á conquistar el Vellochino de oro, y el tal Vellochino, debió ser un rico botín que adquiriera Jason en la expedición; esto, aparte de que es conocido el sistema que tenían los griegos de colonizar: la depredación.

De las presas hechas al enemigo, dividían de ordinario los inmuebles entre los soldados y los ciudadanos, y los bienes muebles entre los dioses, el Erario público, los jefes militares y

(1) Código de Manú.—Cap. VII, vers. 91 y 92.









en todo caso la de los enemigos; el de Inglaterra con Génova, en 1460, estableciendo que puede confiscarse la mercancía enemiga sobre barco neutral, y el de 1468 entre los mismos contratantes, donde se estipulaba que el navío neutral de cualquiera de los contratantes, estaba obligado á declarar á los cruceros de la otra potencia, si es beligerante, si conduce ó no géneros enemigos, y el crucero debía contentarse con tal declaración.

Veamos ahora algunos hechos históricos que demuestran claramente cuál era la costumbre de la época en lo referente á la propiedad privada en las guerras marítimas.

Venecia, sabemos que se dedicó especialmente á comerciar con Oriente; sabemos que en más de una ocasión suministró naves á los griegos; pues bien, una de estas veces, con sesenta naves vénetas, la República conquistó rico botín á los sarracenos, y adquirió grandes prerrogativas, entre otras, la soberanía sobre la Dalmacia y sobre Amalfi....

Los barcos venecianos fueron no pocas veces atacados por los piratas; de estos los más osados eran los de Ischia y los tarentinos; los últimos llegaron á desembarcar en Venecia un día que se celebraba el matrimonio de una persona principal, los piratas hicieron una gran presa y lleváronse una gran cantidad de cautivos, incluso los novios; el Dux Pier Candiano salió en su persecución, rescató presa y cautivos é hizo espléndido botín.

En 1125, cuando mayor era la prosperidad de la adriática República, un barco veneciano insultó la bandera griega.

Juan Commeno dió orden de secuestrar todas las naves venecianas, hasta que la República diera satisfacción del insulto recibido; las explicaciones de Venecia consistieron en enviar su poderosa escuadra, vencedora recientemente en Tiro, mandada por el Dux Domenico Michel, que saqueó Rodas, Scio, Mitelene, etc., etc., apresó y quemó un gran número de barcos, y tornó á Venecia con una rica presa...

En 1203, dice Cantú, Ruggero Morosini, con sesenta galeras venecianas, saqueó los establecimientos genoveses, mientras otra flota destruía á Cappa, y por todos los mares se apresaban los barcos de la República genovesa...

En Pisa, en 1113, mientras se celebraba la Pascua, el Arzobispo pintó al pueblo con vivos colores la situación de los infelices cautivos de los piratas, y en especial la de los de Nazarelech, Rey de Mallorca; los pisanos, inflamados por las palabras de su Pastor, armaron unas cuantas galeras, se hicieron á la mar, desembarcaron casualmente en Cataluña. El resultado de la equivocación fué la unión de algunos bravos catalanes, que se dirigieron á las Baleares con los pisanos, tomando Mallorca é Ibiza, apoderándose de tantas riquezas, que la presa hecha suscitó la envidia de Génova, que promovió una guerra, terminada gracias á la mediación de Inocencio II...

También merece citarse el hecho de comenzarse la célebre catedral de Pisa con los tesoros tomados á los sarracenos en el puerto de Palermo, donde echaron á pique nueve galeras mercantes y apresaron una, cargada de riquezas...

El Papa Gregorio había convocado un Concilio en Roma el año 1241; el Emperador Federico de Alemania se propuso impedirlo á toda costa, y no consiguiéndolo, acudió á la fuerza; tuvo noticia de que los Cardenales iban por mar á su destino, y envió á su hijo Enzo para que, con la flota de Pisa, los prendiese; efectivamente, los encontró entre el Giglio y el escollo de Meloria, los atacó, prendió á muchos de ellos, echó á pique algunas naves genovesas, que escoltaba á los Príncipes de la Iglesia (1); de éstos pudieron huir algunos, entre ellos el Obispo de Palestrina, que tornó á buen puerto en la galera del Embajador del Conde de Provenza, llevando consigo una enemiga, con rico cargamento...

Bastantes son los hechos citados para probar cuál era el concepto que de la propiedad se tenía; no hay necesidad de comentarios, porque los hechos son bastante expresivos y en número suficiente para hacer creer que no son aislados y sin importancia.

Conste, pues, que las Repúblicas italianas adquirieron una envidiable prosperidad, pero que su derecho internacional marítimo nada tiene digno de envidiarse.

(1) Cantú.—*Storia Universale*.

en todo caso la de los enemigos; el de Inglaterra con Génova, en 1460, estableciendo que puede confiscarse la mercancía enemiga sobre barco neutral, y el de 1468 entre los mismos contratantes, donde se estipulaba que el navío neutral de cualquiera de los contratantes, estaba obligado á declarar á los cruceros de la otra potencia, si es beligerante, si conduce ó no géneros enemigos, y el crucero debía contentarse con tal declaración.

Veamos ahora algunos hechos históricos que demuestran claramente cuál era la costumbre de la época en lo referente á la propiedad privada en las guerras marítimas.

Venecia, sabemos que se dedicó especialmente á comerciar con Oriente; sabemos que en más de una ocasión suministró naves á los griegos; pues bien, una de estas veces, con sesenta naves vénetas, la República conquistó rico botín á los sarracenos, y adquirió grandes prerrogativas, entre otras, la soberanía sobre la Dalmacia y sobre Amalfi....

Los barcos venecianos fueron no pocas veces atacados por los piratas; de estos los más osados eran los de Ischia y los tarentinos; los últimos llegaron á desembarcar en Venecia un día que se celebraba el matrimonio de una persona principal, los piratas hicieron una gran presa y lleváronse una gran cantidad de cautivos, incluso los novios; el Dux Pier Candiano salió en su persecución, rescató presa y cautivos é hizo espléndido botín.

En 1125, cuando mayor era la prosperidad de la adriática República, un barco veneciano insultó la bandera griega.

Juan Commeno dió orden de secuestrar todas las naves venecianas, hasta que la República diera satisfacción del insulto recibido; las explicaciones de Venecia consistieron en enviar su poderosa escuadra, vencedora recientemente en Tiro, mandada por el Dux Domenico Michel, que saqueó Rodas, Scio, Mitelene, etc., etc., apresó y quemó un gran número de barcos, y tornó á Venecia con una rica presa...

En 1203, dice Cantú, Ruggero Morosini, con sesenta galeras venecianas, saqueó los establecimientos genoveses, mientras otra flota destruía á Cappa, y por todos los mares se apresaban los barcos de la República genovesa...

En Pisa, en 1113, mientras se celebraba la Pascua, el Arzobispo pintó al pueblo con vivos colores la situación de los infelices cautivos de los piratas, y en especial la de los de Nazarelech, Rey de Mallorca; los pisanos, inflamados por las palabras de su Pastor, armaron unas cuantas galeras, se hicieron á la mar, desembarcaron casualmente en Cataluña. El resultado de la equivocación fué la unión de algunos bravos catalanes, que se dirigieron á las Baleares con los pisanos, tomando Mallorca é Ibiza, apoderándose de tantas riquezas, que la presa hecha suscitó la envidia de Génova, que promovió una guerra, terminada gracias á la mediación de Inocencio II...

También merece citarse el hecho de comenzarse la célebre catedral de Pisa con los tesoros tomados á los sarracenos en el puerto de Palermo, donde echaron á pique nueve galeras mercantes y apresaron una, cargada de riquezas...

El Papa Gregorio había convocado un Concilio en Roma el año 1241; el Emperador Federico de Alemania se propuso impedirlo á toda costa, y no consiguiéndolo, acudió á la fuerza; tuvo noticia de que los Cardenales iban por mar á su destino, y envió á su hijo Enzo para que, con la flota de Pisa, los prendiese; efectivamente, los encontró entre el Giglio y el escollo de Meloria, los atacó, prendió á muchos de ellos, echó á pique algunas naves genovesas, que escoltaba á los Príncipes de la Iglesia (1); de éstos pudieron huir algunos, entre ellos el Obispo de Palestrina, que tornó á buen puerto en la galera del Embajador del Conde de Provenza, llevando consigo una enemiga, con rico cargamento...

Bastantes son los hechos citados para probar cuál era el concepto que de la propiedad se tenía; no hay necesidad de comentarios, porque los hechos son bastante expresivos y en número suficiente para hacer creer que no son aislados y sin importancia.

Conste, pues, que las Repúblicas italianas adquirieron una envidiable prosperidad, pero que su derecho internacional marítimo nada tiene digno de envidiarse.

(1) Cantú.—*Storia Universale*.

Para terminar lo relativo á las Repúblicas italianas transcribiremos las siguientes observaciones de Hautefeuille (1): este escritor hace notar que durante los primeros siglos de la Edad Media no se encuentra que se suscite dificultad alguna, porque las mercancías enemigas fueran conducidas en barco neutral; presume que tal cuestión debió tener origen en la rivalidad, ó más bien en los celos mercantiles de Venecia, Génova y Pisa; efectivamente, su comercio era su prosperidad, más bien su vida; inutilizar el comercio era la ruína. Guerreaban continuamente entre sí; destruir el comercio de sus contrarios era su principal objeto, tal vez el único.

En estas luchas es posible que el más débil buscase de salvar al menos una parte de su negocio; y como era arriesgadísimo transportar mercancías en naves propias, las entregarían á un barco que enarbolase bandera neutral, y éste se cuidaría de conducir las á su destino; los enemigos se apercibirían del hecho y suscitarían sin duda alguna la cuestión de qué se haría con el cargamento enemigo conducido en barco neutral, cuestión que ya sabremos cómo se resolvió en el Consulado del Mar y en los Tratados posteriores.

\*  
\* \*

El primer Código donde encontramos disposiciones sobre el derecho de presa, es en el Consulado del Mar, recopilación de las costumbres marítimas del Mediterráneo.

Capmany (2) opina que el Consulado del Mar es del siglo XIII, y aun cree poder asegurar que se hizo la recopilación antes de 1266, porque de no ser así, hablaría de los Cónsules catalanes que se instituyeron para proteger el comercio en las escalas de Levante.

Pardesus (3) asegura que esta compilación es del siglo XIV.

(1) Obra citada.

(2) Memorias históricas del antiguo comercio de Barcelona.—Parte segunda. Discurso preliminar al libro del Consulado.

(3) *Collection des lois maritimes*.—Tomo II, cap. XII.

y funda su aserto principalmente en que los capítulos del Rey D. Pedro, publicados en 1340, se encuentran la mayor parte en el libro del Consulado, é ilustrados algunos de ellos, lo que da lugar á afirmar que fueron anteriores.

Martí-Eixala (1) combate la opinión de Pardesus aceptando la de Capmany; manifiesta que el argumento del publicista francés, que es tan decisivo á primera vista, pierde su fuerza considerando que una colección que no tiene más apoyo que la costumbre, va recibiendo sucesivos aumentos y experimenta variaciones ó modificaciones con mucha frecuencia, y buena prueba de ello el texto del Consulado. En lo que están conformes estos tres autores que con tanto afán han estudiado cuanto se refiere á tan importante recopilación, es que no tuvo en sus principios otra sanción que la costumbre, que como autoridad ha imperado por algunos siglos en la mayor parte de los tribunales mercantiles de Europa, que se debe á los catalanes y que por primera vez se publicó en el siglo XVI (2).

Este importante Código, en su capítulo 273, para nosotros interesantísimo, dice así: «Las mercaderías pertenecientes á la nación con la que se lucha, cargadas en barco amigo, son susceptibles de captura como presas de guerra, abonando al Capitán del buque conductor el importe del flete de los géneros confiscados, lo mismo que si los hubiera conducido á su destino; si por el contrario el navio es enemigo y su carga es neutral, el bajel podrá confiscarse, mas no el cargamento, que será transportado á un puerto de su nación, cobrando los precios de transporte como si el navio no hubiera encontrado tropiezo alguno en su camino.»

Práctica que se podía seguir en aquella época, en que viajaban con las mercaderías sus dueños ó un factor que en todo les representaba.

Estas doctrinas se aceptaron desde su aparición y se consignaron en algunos Tratados, en los de Arlés y Pisa de 1221,

(1) Derecho mercantil de España.

(2) Se imprimió por primera vez en Barcelona el 14 de Agosto de 1502 de orden de los Cónsules de mar, con el título: *Llibre de Consulat de ley marítima*.

y en los de Inglaterra con los puertos de mar de Vizcaya y Castilla en 1351, y con Portugal en 1353 (1).

En el siglo XV son dignos de mención los Tratados de Inglaterra con el Duque de Borgoña en 1406, con Génova en 1462, con el Duque de Bretaña en 1468, y con el Duque de Austria en 1495.

En Francia siguieron los principios del Consulado del Mar hasta el siglo XVI y principios del XVII que se modificaron pero como esto pertenece ya á la Edad Moderna, lo trataremos por separado.

#### EDAD MODERNA

Hemos concluido el estudio de la Edad Media; como carácter saliente, tenemos el principio del no respeto de la propiedad ajena, aunque debilitado por los germanos con su conducta, que por otra parte estaba en consonancia con la guerra que hacían, guerra propiamente de subsistencia; era una concurrencia, por decirlo así. Tenemos que notar en esta época el gran desarrollo que la marina alcanzó, y la necesidad de dar leyes especiales, pues las generales no bastaban, y aquí los preceptos que se consignaron en el Consulado del Mar.

La Edad Moderna está íntimamente enlazada con la Media; los descubrimientos llevados á cabo hacen que el comercio aumente en importancia, y de aquí que sean mayores los intereses empeñados para que sea respetada la mercancía á bordo de las naves de comercio, y después de muchas luchas, algunas de ellas sangrientas, se cambie el principio dominante en la Edad anterior, de que las mercancías enemigas son apresables en todo caso, por otro un poco más humano, aunque tal vez en pugna con lo vigente: «navíos libres, mercancías libres» ó lo que es lo mismo, el pabellón cubre la mercancía.

Muchos, y de importancia suma, son los acontecimientos que registra la historia y que están enlazados con el derecho de apresar, en el período que comenzamos.

(1) Carlos Calvo.—*Derecho internacional*.

Uno de los más importantes, sin duda alguna, son los descubrimientos de ignotas tierras de aquellos audaces aventureros, que prescindiendo de las preocupaciones de la época, y siguiendo la inspiración de Colón, daban á conocer al mundo nuevas tierras, dejando su nombre en la historia: Cristóbal Colón, Vasco Núñez de Balboa, Vasco de Gama, Magallanes, Bartolomé Díaz y otros cien intrépidos marinos que buscaron nuevas tierras á donde llevar la civilización. El comercio adquiere un grandísimo desarrollo; es claro que se pretendería dañar en él á las naciones que guerreaban, y así se verificaba; de esto, podíamos asignar como prueba infinidad de casos; bástenos recordar los miles de galeones españoles que venían de América cargados de oro y especias, y que eran asaltados por los ingleses y demás enemigos de la entonces señora del mundo, enemigos que eran todas las demás naciones, envidiosas de la preponderancia de España.

Las grandes riquezas que por el mar circulaban, pusieron en pie de guerra á los célebres corsarios Barbarrojas; comenzaron por tener una galera con dos remos por banda, y con esta combatían á los barcos cristianos y apresaban á sus tripulantes; sus rapiñas les hicieron poderosos, llegando Haradieno, muerto su hermano Horrucio, á tener tantas galeras que pudo competir con Andrea-Doria, á quien derrotó junto á Cercello; á vencer á D. Hugo de Moncada cerca de Cerdeña, y también á Portuondo, á quien mató, tomó ocho naves é hizo cautivo al hijo de Portuondo (1); en un viaje que hizo de Argel á Constantinopla, venció y quemó una escuadrilla genovesa que iba á buscar trigo á Sicilia.

Tales correrías le congraciaron con Solimán, que le hizo Capitán general, le dió dinero y hombres; con estos elementos Haradieno, sembró la destrucción por todas partes, siendo Italia y sus mares el principal teatro de sus hazañas.

Se hizo más temible aún cuando se apoderó del reino de Túnez, desde donde continuó su oficio de pirata siempre en guerra con los cristianos, cuyo comercio arruinaba.

Tanto temor inspiró, que se organizó la célebre expedición

(1) *Jornada de Carlos V á Túnez*, por el Doctor Gonzalo de Illescas.











### III

#### PARTE ESPECIAL

##### QUÉ SEA LA PRESA MARÍTIMA

Entrando en materia, pasando del Derecho constituyente al constituído, procede en primer lugar indicar lo que son las presas, institución que vamos á estudiar en esta parte en su aspecto legal.

Entre las muchas definiciones que se han dado de la presa marítima, la más completa es la de M. Dalloz (1). «La detención hecha en el mar por las fuerzas marítimas de un Estado, ó de sus súbditos autorizados al efecto, de un buque ó embarcación perteneciente á otro Estado enemigo y en ciertos casos aliado ó neutral, siempre con el designio de apoderarse, bien del buque y del cargamento, ó solamente de este último en totalidad ó en parte.»

La idea que M. Dalloz da de la presa, es lo bastante precisa para no dejar duda alguna de lo que sea esta institución; prescindiremos de demostrar este aserto, con objeto de evitar inútiles repeticiones: en el transcurso del trabajo, se podrá observar que en la definición de Dalloz están incluidos todos los requisitos esenciales del derecho de apresamiento.

---

(1) *Repertoire de Legislation.*



















bandera nacional, acompañando este acto con un cañonazo con pólvora, señal á la que deberá responder el barco de que se trate, enarbolando su bandera. 2.º Si el buque mercante se parase é izase la bandera, el barco de guerra se mantendrá á la distancia conveniente, pero estando prevenido para poder proteger á la embarcación que va á practicar la visita. 3.º La embarcación conducirá á bordo del barco mercantil un Oficial, que reconocerá el barco y su cargamento, pero con la mayor cortesía y finura.

En el artículo 3.º de dichas instrucciones, se prohíbe ejercer la visita en las aguas territoriales y en las neutrales; y finalmente, en el artículo 11, se dispone que, en caso de que se sospechase de que en un convoy se ha mezclado un barco sospechoso, se podrá visitarlo, pero pidiendo la venia al Jefe de la escolta y practicando la visita acompañado de un Oficial del barco militar neutral que da convoy.

Esto se modifica en el Tratado celebrado con los Estados Unidos, de 1871, declarando que en estos casos baste la palabra de honor del Jefe del convoy, y que no se proceda á la visita.

#### MODO DE PROCEDER CON LAS PRESAS

El método nos obliga á ocuparnos del procedimiento que se seguirá con las presas, tanto cuando hayan sido hechas después de la visita, como cuando no se hubiera ejercitado tal derecho.

En el primer caso, practicada la visita, si aún existieran sospechas fundadas de que el barco visitado no obra de buena fe, se podrá proceder al registro minucioso, y después decidir si debe capturarse ó no.

En caso afirmativo, el Jefe del barco captor instruirá un proceso verbal, donde se haga la historia de la captura; se inventariarán los objetos existentes á bordo, incluso los papeles, que serán la base de la prueba; á seguida se cerrarán y sellarán las escotillas, é inmediatamente se conducirá la presa al puerto más cercano de la nación apresadora, para que el

Tribunal competente juzgue. Si el Tribunal decide que el barco capturado es buena presa, se adjudicará al Soberano si el apresador fué un barco de guerra, y al corsario si éste fué el que capturó; si por el contrario, se declara mal hecha la presa, se dejará en libertad al barco capturado, indemnizándole debidamente.

Ya veremos más adelante que los Tribunales de presa no son del orden judicial, sino administrativos, lo que no es obstáculo para que cuando el juicio sea contradictorio, se oiga á las partes y se presenten pruebas testimoniales y documentales.

No podemos menos de hacer notar que Dinamarca es la única nación que admite toda la clase de pruebas en el juicio de presas, porque ordinariamente no se pueden presentar en el juicio más que las que existieren en el barco apresado en el momento de la captura.

Mientras el Tribunal competente no dicte su sentencia, no se venderá, en modo alguno, ni el barco, ni su carga; únicamente en caso de necesidad extrema ó de que corra el riesgo de perderse el cargamento, se podrá vender, pero siempre se depositará su importe, hasta que se decida sobre la validez de la presa.

En el supuesto de que el captor destruya los papeles del capturado, la presa se considerará como no hecha y se sujetará al apresador á responsabilidad criminal, porque se presume que no destruyó los papeles sino con objeto de justificar la captura.

Esta es la legislación adoptada en España; en Italia no existen diferencias importantes, como puede apreciarse por la lectura de las disposiciones que copiamos á continuación:

«En seguida (1) que una nave apresada llegue á un puerto, el Comandante del barco apresador hará una relación detallada de lo ocurrido á la autoridad marítima, y entregará á la misma los papeles referentes á la presa.

»Si el apresador fuese un barco de guerra, el Comandante enviará los papeles con la relación referida, al Jefe inmediato,

(1) Código de la Marina Mercante, artículo 223.

que sin retraso ninguno transmitirá estos documentos á la autoridad marítima competente.

»Art. 224. Cuando la nave apresada se refugie en un puerto extranjero, la relación y los papeles se entregarán al Oficial consular, que tendrá los mismos encargos que la autoridad marítima.

»Art. 226. Durante el juicio sobre la legitimidad de la presa ó de la confiscación, la autoridad marítima, con la intervención del apresador y del apresado, ó quien los represente, y de un Delegado de la Aduana, procederá al inventario de todos los objetos existentes á bordo de la nave capturada, proveyendo la autoridad marítima á la custodia de todos los objetos y á su venta en pública subasta, caso de que no se pudieran conservar.

»Art. 227. El juicio no tendrá lugar, cuando se trate de una nave de guerra; ésta, sin más procedimientos, será puesta á disposición del Ministro de Marina.

»Cuando la presa de que habla este artículo fuese hecha por un corsario, se le dará un premio que ascenderá á un quinto del valor de la nave apresada, deducidas las armas y municiones. El apresador tendrá en todo caso derecho á que se le indemnicen los daños sufridos para hacer tal captura.»

En las tantas veces citadas Instrucciones de 1866, se dice:

«El Oficial exigirá que el Capitán del barco visitado le presente la carta de nacionalidad de su buque.

»Si del examen de los documentos resultase que el barco no conducía contrabando de guerra por cuenta ó con destino al enemigo, la visita será terminada y el barco dejado en libertad, anotando la visita en los papeles de á bordo. Pero si los documentos probasen la existencia de contrabando de guerra, se capturará el barco, se tomará posesión de los papeles de á bordo, advirtiéndole que en este último caso no se deben abrir las escotillas, los armarios, etc., etc., con objeto de reconocer si hay más mercancías sospechosas.

»En el caso de capturarse un barco de guerra, no se tomará otra medida que anotarlo en el libro diario de á bordo, y conducir la presa del modo más conforme para la seguridad del equipaje.»

Esto es, en resumen, lo que podemos decir acerca del procedimiento que se sigue con las naves apresadas; no podemos extendernos más, porque se haría interminable el trabajo.

#### REPRESA Ó RECOBRO

Existe la represa cuando un beligerante recobra por la fuerza un barco que le había sido apresado por el enemigo; y el recobro tiene lugar cuando el equipaje de una nave que fué apresada vuelve á hacerse dueño de ella, sea por fuerza, sea por astucia. El derecho á la represa, no puede negarse á los beligerantes, y para ello hay dos principalísimas razones: una, que por la represa se vuelve á adquirir lo que se perdió; y la otra, que en el fondo no es sino una presa que se hace á los enemigos, y la presa está permitida en todas las legislaciones.

En el recobro se presume que nunca se ha perdido el barco y se le considera como si jamás lo hubiera poseído el enemigo.

En la represa se presenta una cuestión: ¿el barco represado pertenecerá al primitivo dueño ó á aquel que con su esfuerzo lo arranca á los enemigos? Para responder á esta pregunta precísase hacer antes una distinción: si el barco apresado fué declarado buena presa por el Tribunal competente, ó si el captor no tenía sobre él más que la posesión, la material tenencia.

En el primer caso, conforme á los vigentes principios, el barco se hizo propiedad de quien lo apresó, y, por tanto, al arrebatárselo otra vez, para nada interviene el primitivo dueño; por el contrario, mientras la validez de la presa no se declare, el barco tiene un dueño; al quitarle este barco al enemigo, es claro que pertenecerá á su dueño, que estará obligado á dar un premio ó una indemnización al que le devuelva su propiedad.

Esta opinión no es, sin embargo, la más general, pues no faltan respetables autores que afirman que si las presas fueran de aquellas en que no había otro medio de declararlas legítimas, pertenezcan siempre, y en todo caso, al que represa; otros opinan que no tenga derecho el primitivo dueño al barco represado, si pasa más de veinticuatro horas en poder del



gratificará al represador con la cuarta ó sexta parte de los objetos reprimidos, según haya sido represada, antes ó después de que se haya hecho dueño de ella el enemigo.

Finalmente, el art. 223 dice en su primera parte: «si una nave apresada por el enemigo ha sido abandonada y cae en poder de los nacionales, se devolverá á los propietarios pagándoles los gastos del recobro y el premio establecido.»

#### MERCANCÍAS ENEMIGAS EN BARCO NEUTRAL.—MERCANCÍAS NEUTRALES EN BARCO ENEMIGO

La cuestión de si el pabellón cubre ó no la mercancía, ha perdido su importancia después de la convención de París de 1856; por esto no hacemos más que alguna que otra observación; las necesarias para completar en lo posible este trabajo.

El Consulado del Mar concede el derecho de confiscar los productos de los enemigos aunque sean embarcados en barco neutral: mas sin embargo, faculta á los armadores neutrales á cobrar el precio del flete, para que no les perjudique en nada la confiscación.

Esto es lógico con el derecho *constituído*, porque de otra manera los enemigos usarían siempre de las naves neutrales para su tráfico, haciéndose la propiedad enemiga inviolable al ser amparada por la bandera neutral.

De este principio se fueron separando los Tratados hasta llegar á la convención de París que estableció que la bandera neutraliza el cargamento; esto no será consecuente con el principio de presas, pero es un progreso que aplaudimos, porque hace casi inviolable la propiedad privada.

En España las disposiciones de nuestra legislación están en pugna con la convención de París; pero como la aceptamos en este punto, es indudable que la convención de París es la ley vigente en nuestra patria.

La Italia sanciona la máxima de navíos neutrales mercancías neutrales, en cuanto que está comprendida en el Tratado de París, y en cuanto que ha firmado Tratados en este sentido, aun antes de 1856, como lo prueba el de Nueva-Grana-

da de 1847, donde se dice que las dos partes contratantes adoptarán en sus mutuas relaciones el principio de que la bandera cubre el cargamento, principio reconocido también en 1854.

\*  
\* \*

¿El cargamento de una nave seguirá la suerte del casco, si la carga es de neutrales y el barco enemigo?

No hay razón alguna para conquistar los efectos que un barco conduce, porque se puede hacer completa separación entre los géneros y el medio de transporte; medio que no debe tener influencia ninguna sobre las mercancías.

Confiscar los productos de los neutrales por ir en nave enemiga, es restringir el comercio de los amigos que sin faltar á la neutralidad, pueden servirse del medio que más les convenga para transportar sus géneros.

Esta opinión la confirmó el Consulado del Mar; pero sin duda para evitar complicaciones, se cambió el principio y pudo ser apresado el cargamento de un barco enemigo, perteneciese á beligerantes ó á neutrales; en este sentido podemos citar el art. 19 de la Paz de los Pirineos (1659), y el 21 del Tratado de Utrech (1713), y además se consigna tal principio en los diversos Tratados con posterioridad al primero citado, por Inglaterra, Portugal, Holanda y las demás naciones marítimas.

La cláusula 3.<sup>a</sup> de la convención de París de 1856 ha venido á sentar la buena doctrina, y hoy día las mercancías son amparadas por el pabellón neutral, siempre que no constituyan contrabando de guerra.

En España está vigente esta cláusula, que está robustecida por las Ordenanzas de Corso, que en este caso establecen la más absoluta reciprocidad.

La legislación italiana es, en este punto, el Código de la Marina Mercante, la convención de París de 1856 y los Tratados celebrados por Italia con las diversas Potencias.

El Código, en su art. 214, dice lo siguiente: «Cuando fuese apresada una nave enemiga, si entre el cargamento se encon-



como Fiore, que consigna, no obstante, que si el propietario de un barco se cree lesionado por la sentencia de un Tribunal de presas, pueda acudir á su Soberano.

Esta opinión de Fiore ha sido ya puesta en práctica en el Memorandum de 1858, á consecuencia de las diferencias surgidas entre los Gabinetes napolitano y sardo, á causa de la desgraciada expedición de Safri.

En dicho Memorandum, al tratar de la jurisdicción del Estado apresador, se decía: «Esta jurisdicción, reconocida por el derecho de gentes, no es jamás completa. Los captores tienen obligación de someterse á ella como súbditos que son, pero si sus adversarios son lesionados en sus derechos por el Tribunal, acudirán á su Gobierno para que pida la nulidad del juicio, y, en caso de negativa, para que se recurra á las represalias y á los demás medios que el derecho de gentes concede para estos casos.»

Hubner, y con él Martens, Kluber y Jenkín afirman que haciéndose los apresamientos ordinariamente en alta mar, ningún derecho tiene el Soberano de un país sobre los sujetos de otro para juzgarles, y por tanto, que el Tribunal que juzgue, ha de componerse, tanto de jueces de la Potencia apresadora, como de aquella á que pertenece el buque apresado.

Wkeaton y Wurg, cree que el Tribunal competente en los casos de presa, debe ser una comisión mixta, en la que concurren individuos de las Potencias beligerantes y de las neutrales; y son bastantes los que proponen la creación de un Tribunal internacional, pudiendo citar entre los principales á Gesner, Bulmering y Weslake.

El ilustre jurisconsulto Mr. Weslake, encargado por el Instituto de Derecho Internacional de presentar una Memoria sobre este punto, propuso que en primera instancia juzguen las causas de presas, Tribunales de los beligerantes, pero con derecho de los neutrales de apelar ante un Tribunal internacional, é indica que el Tribunal de apelación debería componerse de tres miembros, dos de ellos nombrados por las Potencias que tuvieran interés en el asunto, y el tercero por otra Potencia neutral.

En conformidad con las teorías de los autores citados últimamente, en el Congreso de Zurich, en 1877, se declaró de-

fectuoso el actual sistema de juzgar las presas, y que se necesitaba:

1.º Formular por Tratados los principios generales en materia de presas.

2.º Reemplazar los actuales Tribunales de presas, formados por jueces de las naciones beligerantes, por un Tribunal internacional que dé las más amplias garantías de seguridad, tanto á los neutrales como á los beligerantes.

3.º Estudiar un procedimiento en materia de presas, que se pueda establecer en todas las naciones.

\*  
\* \*

Veamos ahora las razones en pro y en contra, para poder apreciar de parte de quién está la razón en este punto tan controvertido.

Los partidarios de la incompatibilidad de los Tribunales del captor en los juicios de presas, encuentran como apoyo á su teoría, que esto no significa sino que la nación apresadora es al propio tiempo juez y parte, con lo que no se dan bastantes garantías de imparcialidad á los que se han de someter al juicio: dicen además, que verificándose las presas en alta mar, nadie tiene jurisdicción en tal sitio, y, finalmente, aseguran que pudiendo ser apresados barcos de naciones neutrales, estos tienen sus Jueces propios, y no hay por qué someterlos á los de una nación extranjera.

Los que tal sostienen, encuentran sin inconveniente alguno un Tribunal que se componga de individuos que pertenezcan á una nación que no se mezcle en la lucha ni directa ni indirectamente; individuos que no miraran los intereses de la nación sino los de la justicia y que serían garantía de imparcialidad y acierto dichos Tribunales internacionales y los más competentes por representar todas las Potencias para juzgar de lo ocurrido en un lugar que como alta mar, no pertenece á jurisdicción de nación ninguna. Las razones apuntadas, que parecen de gran efecto, en nuestra opinión son de más apariencia que valor, y no resisten una crítica seria y minuciosa.

Podemos afirmar, sin temor de ser desmentidos, que el nom-







